

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA POLÍTICA INTERESADA.

I.

Rara vez sucede que se entrometa en discusiones históricas ó científicas el que apenas ha saludado estas materias, y mucho menos que se atreva á dar un voto decisivo en lo que es todavía objeto de serias investigaciones ó de empeñadas controversias. Conócese instintivamente que, para adoptar un partido cualquiera en cuestiones que dividen á diferentes escenas, es menester algo mas que una leve tintura de las doctrinas que se hallan puestas en tela de juicio, y que no es atender á la voz de una sana razon el seguir un impulso ciego en virtud de los fueros del libre albedrío. No basta echar una rápida ojeada á la superficie de las cosas, ni vale decir que se posee un entendimiento sutil y despejado, celeste don del cual se cree cada uno largamente provisto. Ni tampoco bastan ciertas nociones generales de arte ó de literatura para que cualquiera se arrogue el derecho de juzgarlos á su arbitrio; así es que cuando versa la plática acerca de la producción que mas parezca entrar en el dominio comun, no pocos son los que se allanan á confesar paladinamente su incompetencia, y en vez de abrigar la pretension de emitir un fallo, se limitan á consignar el género de impresiones que han recibido. El dictámen pericial se reserva para los inteligentes.

Pero al tratarse de política, ó de otros asuntos con la política estrechamente ligados, todo el mundo se reputa inteligente: todos se creen dotados de suficientes conocimientos para resolver las cuestiones mas abstrusas en este ó en aquel sentido. Nadie se tiene por tan ruin y desdichado que haya de poner su juicio en el fiel de la balanza expuesto á frecuentes oscilaciones; antes bien se considera como caso de honra el apresurarse á colocarlo en uno de los platillos. Como si la política fuera una ciencia infusa, casi todos se creen dispensados de cursar tales estudios, y el ligero bozo que sombrea los labios del jóven se toma como una borla de doctor que la naturaleza gratuitamente ha conferido. ¡Singular aberración del entendimiento humano! en materias religiosas hay muchos que hacen gala de un repugnante excepticismo, y en medio de la ardiente lucha que sostienen los partidos políticos apenas se encontrará quien observe en su interior las leyes de una neutralidad completa. La política, vasto campo en que tantas y tan opuestas ideas se revuelven y agitan, es una especie de encrucijada donde apenas detiene su planta el viajero antes de elegir su camino. Lo emprende quizás á cierra ojos, y ni siquiera se pregunta despues á sí mismo: «¿Qué es lo que he hecho yo para descubrir la bondad intrínseca de la bandera á que me he afiliado? ¿Qué horas he robado á mi sueño empleándolas en examinar imparcialmente la solidez y firmeza de las razones que me apo-

yan, ó de las que han de servirme para rebatir y pulverizar las objeciones de mis adversarios? ¿En qué conozco que no soy yo sino ellos los que se han equivocado?» Nadie se hace estas preguntas, porque poquísimos son los que podrian darse una respuesta satisfactoria. A lo más dirán algunos, poniéndose la mano sobre el pecho, que profesan de buena fé sus opiniones, que no hacen mas que seguir el dictámen de su conciencia. Pero, ¿por dónde han buscado, dónde han encontrado el rayo de luz que debia ilustrarla?

Han hojeado periódicos y folletos de circunstancias, y con mayor asiduidad y ahinco los de su matiz predilecto; se han empapado de esa literatura febril que brilla como un metéoro para apagarse á los pocos momentos; se han sobrescitado con los razonamientos y diatribas de la polémica, como los soldados con el ruido de los tambores, y se han figurado siempre que dejaban arrollados y confusos á sus antagonistas; han escuchado con pueril asombro las aréngas de sus abogados, y ni siquiera han querido parar mientes en los alegatos del fiscal que les contradecía; se han acalorado en las discusiones de café, cual si de ellas pudiera sacarse tan provechosa enseñanza como de las discusiones de una docta academia; y recogióndolas de aquí y de allá, se han saturado de ideas sueltas sin tener siquiera una cadenilla para engarzarlas. A cada adquisicion de estas la han tomado por un destello de su propia inteligencia, y al hablar de sus opiniones lo hacen con tanta seguridad y aplomo que mayor no fuera si les hubiesen costado largas horas de meditacion y estudio.

Y sin embargo la política es una de las ramas del árbol de la ciencia, y estas ni son tan bajas ni se doblan tan facilmente que baste alargar la mano para alcanzarlas y cojer sus frutos. ¿Cuál es pues la razon de este fenómeno, que por lo usual y frecuente ha dejado de serlo y no causa ya la menor estrañeza? ¿De dónde proviene que todo el mundo se crea con una aptitud especial para decidir y fallar en cuestiones de no poco momento, y en que la dificultad de dar en el hito debiera saltar á los ojos menos perspicaces? ¿No debiera ser bas-

tante motivo de dudas y vacilaciones el ver que en todos los partidos militan hombres de reconocido talento que las resuelven en tan diversos y aun opuestos sentidos? Si solo se tratara de cosas baladíes! Pero rueda la conversacion acerca de un pais abrumado por las fatales consecuencias de inveterados abusos, de erróneas doctrinas, de malignas pasiones; y hete aquí que un cualquiera conoce perfectamente la panacea que podria remediar todos sus males. ¿Se trata de levantarlo de su prostracion y abatimiento? pues ved al mismo, que se jacta de poseer la palanca de Arquímedes. ¿Se discute acerca de los mejores medios para hacer duradera la prosperidad de un estado? aquel es el que sabe de memoria la receta para confeccionar un elixir de larga vida. Y esta panacea, esta palanca, este elixir no consisten en otra cosa mas que en llevar al terreno de la práctica las ideas que él llama suyas y en que ocupen las regiones del poder los hombres de su partido.

Nadie negará que el régimen político de un pais cualquiera ejerza una influencia saludable ó nociva sobre su estado actual y sobre sus futuros destinos. Es una fuerza motriz que con mayor ó menor impulso acelera ó retarda la marcha de las naciones por la senda salvadora ó por la senda de perdicion que han emprendido; y como nadie puede sustraerse al empuje de ese movimiento, nadie deja de resentirse de sus naturales efectos. Seria preciso un corazón que no abrigase la menor chispa de amor patrio para que uno pudiera fabricarse una Tebaida en sus hogares, y permanecer del todo indiferente á las ideas que entorno de él circulan y á los acontecimientos que á su lado se verifican. Solo una ignorancia supina ó una virtud heroica pueden conducir á este grado de impassibilidad ó de ascetismo. Al comun de los hombres les interesa vivamente el bien del pais en que han nacido, y por la fuerza de este sentimiento adoptan sin maduro exámen opiniones mas ó menos acertadas respecto á los medios que debieran producirlo. Creen con ciega fé, tal vez al primero que se las ha sugerido, y tienen por mucho mas cómodo el someterse á la voz de

una autoridad intrusa que el emprender la ruda investigación de las verdades absolutas ó relativas en que la política debe apoyarse. Además, según esta se comprenda en las regiones del poder, las disposiciones económicas y administrativas, los medios de fomentar la riqueza pública, la legislación y las costumbres no pueden menos de tomar rumbos diferentes y resultar más ó menos ventajosos para determinadas clases é individualidades. Entonces nada tiene de extraño que cada uno crea más acertado y verdadero aquel orden de ideas que le libraría de mayor gravámen ó le reportaría mayor beneficio. Estamos demasiado acostumbrados á considerar las cosas á través del prisma de nuestras miras egoístas, y aun cuando nos proponemos acudir únicamente á la razón, pocas veces se halla esta tan despejada y serena que no la rodee una ligera neblina levantada por nuestras inclinaciones y sentimientos. A menudo tomamos por verdad lo que quisieramos que lo fuese. Por eso cuando creemos asistir á una empeñada controversia de opiniones políticas, tal vez no hacemos más que presenciar una lucha de ocultos intereses, disfrazados con la máscara de profundas convicciones.

Hasta aquí pudiera tener cierta disculpa el declararse partidario de tales ó cuales ideas políticas, sin haberlas sometido previamente al crisol de un exámen imparcial y concienzudo. Hubiera más de ignorancia que de malicia: la buena fé en cierto modo serviría de contrapeso á la vanidad y ligereza. Pero hay ocasiones, y por desgracia sobrado frecuentes, en que esta buena fé tiene sus taras que mucho la desvirtúan. Cuando están en voga ciertas teorías, cuando estas predominan en altas esferas, la política está muy ocasionada á convertirse engran gería. De rama del árbol de la ciencia pasa á ser un artículo de comercio. Se adoptan las opiniones como un traje de moda, y con ellas se especula como un negociante con sus caudales propios ó con el crédito que ha adquirido. Se ladea cada uno á la parte de donde confía que ha de soplarle el viento de la fortuna, y la esperanza del medro personal es la estrella polar que nunca pierde

de vista. Del arco iris de la política escoge el color que más probabilidades le ofrece de adelantarse en sus negocios, de conquistar puestos elevados, de alcanzar honores tal vez inmerecidos, de poner las manos sobre alguna cosa que halague su ambición, su vanidad ó su codicia. Sectario ante todo de una política utilitaria, y por consiguiente de una moral acomodaticia, su criterio es su propia conveniencia: esta es la única regla, el único libro, la única autoridad que ha consultado. En valde ahueca la voz y pronuncia y repite nombres muy respetables y significativos; si otro nombre le afianzará más solemnes y eficaces promesas no titubearía en cambiar de lema. ¡Es tan fácil echar la culpa al desvanecimiento de las ilusiones, á los consejos de la experiencia, á la multitud de los desengaños! ¡Es tan fácil decir que se han estudiado las cuestiones con mayor detenimiento! Para algunos la fé política se pierde ó se recobra, como quien dice, al volver de una esquina.

El propio interés, en su más alto sentido, ha sido siempre un gran móvil de los actos humanos, y á fé que nada ha perdido de su actividad y eficacia en las sociedades modernas. El interés por lo común forma los partidos políticos, y los disuelve en cismas y banderías; atrae nuevos reclutas, y ocasiona las deserciones, prescindiendo de las muchas veces que la madurez de los años enfria el ardor de los entusiasmos juveniles. En vano se citarán ejemplos de sacrificios pecuniarios, de fatigas arrostradas, de graves peligros espontáneamente corridos para el triunfo de una idea. Pues qué, ¿no tenían estos dispendios todo el aspecto de un capital que devenga intereses? ¿Se renunciaba á las contingencias de recobrarlo con usura? se sacrificaban también las esperanzas de conquistar el aura popular, de figurar en primera línea, de ver satisfecha la ambición, la vanidad ó el orgullo? ¿No era Julio César el que prefería ser el primero en una aldea á ser el segundo en Roma? Sin duda habrá anomalías que prueben la regla; mas ¿dónde encontrar al sér fenomenal y semiheróico que se haya declarado adepto de un sistema político enteramente

opuesto á sus intereses y conveniencias personales, sabiendo que habria de estar arrinconado en las últimas filas y ni siquiera podria hacer oír su voz en los consejos de su partido? Jóvenes y no pocos, en lo mas florido de su edad, ricos de esperanzas y de bienes de fortuna, en los umbrales de un brillante porvenir, han renunciado á todas las seducciones del siglo, han resistido á todas las tentaciones del placer para entregarse á todo género de molestias y privaciones, y endosarse un humilde sayal de capuchino, sin abrigar la mas leve aspiracion ni la mas remota esperanza de llegar á guardianes de su convento. Estas sí que son convicciones profundas. Ejemplos y numerosos de abnegacion, desprendimiento y sacrificio, en esta region es donde se encuentran. Y bajo este aspecto, ¿tienen por ventura las opiniones políticas ni siquiera punto de comparacion ó de semejanza con las creencias religiosas?

T. AGUILÓ.

LA RUEDA DE LA FORTUNA EN JAEN (*).

AÑO 1473.

Este paisaje de la *f fuente de la peña*, tan agreste y pintoresco, fué el sitio preferido por el famoso condestable D. Miguel Lucas de Iranzu para sus fiestas, cenas, torneos, cañas y cabalgatas, con que hizo ostentacion de su poder y alardes de la privanza que tuvo con Enrique IV.

Al decir de la *crónica*, escrita no por Juan de Olid segun se creia en vista del ejemplar que poseía el Sr. marqués de Pidal, sino por Diego de Gamez, segun comprobó con certeza nuestro malogrado amigo D. José Jimenez Serrano, fué D. Miguel Lucas hombre de oscuro linaje y de muy poco estado; pero el rey D. Enrique á quien servía se propuso encumbrarle a los puestos mas altos y hacerle muy hombre. Y tan era de crecer el ambicioso plebeyo, que siendo privado del rey y tan allegado á su persona

(*) El siguiente trabajo histórico, tomado de una carta inédita de nuestro erudito colaborador, aunque no relacionado íntimamente con las materias á que se consagra esta publicacion, lo juzgamos interesante así por la celebridad del personaje á que se refiere, cuya memoria no anda vinculada á una ciudad ó provincia, sino que figura en la historia general de España, como tambien por la copia de datos y atractivas formas que realzan siempre los escritos del Sr. Muñoz.

por el título de conde con que fué favorecido; y por las alcaldías de Jaen y Alcalá la Real de que le hizo merced el monarca (sin mentar que antes fué halconero mayor y corregidor de Baeza), hubo de dejar la corte por celos que tuvo del favor que en el ánimo del rey hallaron D. Beltran de la Cueva, D. Juan Pacheco marqués de Villena, y otros intrigantes que se profesaban sin embozos ni rodeos mortal enemiga.

Poco despues de su encumbramiento, que fué en 1458, baron, conde y condestable de un golpe, retiróse á Jaen el despechado valido. Aquí vivió en fiestas y regocijos; en justas y torneos, ya en luchas con el obispo, ya en combates y escaramuzas con los moros de Granada. En Bailen estuvo corriendo monte, jugando cañas, danzando y disfrutando muchos placeres, porque era ostentoso y presumia de magnate, como quien no lo fuese por buenos principios.

Casó el condestable con doña Teresa de Torres Carrillo, hija de D. Pedro y doña Guiomar, por quien vino á poseer muchas riquezas y señoríos, entroncando con los mas ilustres apellidos del reino. Con veintitres dias de fiestas celebró sus velaciones en la *f fuente de la peña*, siendo de notar la profusion de manjares y el lujo de torneos, danzas, novilladas, luchas de osos, músicas y desafíos, con tal boato y ostentacion como era de esperar de un señor tan magnífico. A este modo celebraba todas las pascuas, y las velaciones de sus criados, y los menores acontecimientos. La grana, el lisú, el oro, las sedas y pedrería eran el arreo de su persona y el atavío de su comitiva. Todo lo celebraba comiendo y bebiendo en alegres comparsas: sea costumbre esta de las comilonas, que se fué retirando de los pueblos y quedó en las cortes para siempre.

El condestable se propuso mandar en Jaen á toda costa con el favor del rey, que adolecía de la debilidad y condescendencia propia de los Trastamaras. Indispuesto con el obispo, íbase á la catedral á rezar maitines, y llevaba e nónigos á la *f fuente de la peña*, para que bendijesen aquellos banquetes de Heliogábalo. Hizo cuanto su poder y su vanidad le sugerian para meter la guerra entre el clero, mas no lo consiguió. Indisponíase con algunos pueblos, halagaba á otros; mas no le salió la cuenta. Miraba de mal ojo á ciertos nobles, al paso que á otros agasajaba y distinguia. Mexía fué de los predilectos, mas luego se le puso en contra cuando las guerras de sucesion. Vivía en la calle *maestra*, en la casa que es hoy del marqués de Bélgida, sitio principal donde habitaban los Mexías, los Arandas, los Arquelladas, los Coellos y los Quixadas, familias ilustres: pero ideaba diabluras que ofendian á los vecinos, saliendo

en ocasiones de su casa con aparato ceremonioso, acompañado de doña Teresa ó de doña Guiomar, y gran número de dueñas y doncellas, honrando la vistosa comitiva los comendadores de Montizon y de Oreja, el señor de Santofimia, y multitud de pajes y criados.

Imagínese V. lo que sería por ejemplo el bautizo de una hija del poderoso D. Miguel Lucas. Salió el acompañamiento para la iglesia en esta guisa. Iban delante dos trompetas bastardas, cuatro italianas, atabales y chirimías, haciendo alegre ruido: luego iban cinco pajes, llevando el primero el mazapan en un plato dorado, el segundo un capullo de *impla* (que traduce D. Pascual Gayangos por tela de seda á manera de zarzaban morisco), luego el tercero que llevaba un salero de oro, despues el cuarto que llevaba una vela con las armas del condestable y de la condesa, y el quinto una copa de oro.

Pues del lujo de brocados no se diga. Cubrían su cabeza las honestas y principales damas de esta comitiva con crespina de oro ó con sutiles alvanegas de seda, trayendo el cabello torcido, sujeto con cintas ó en forma de diadema, no azufrado ni con polvos encarnados que semejasen las llamas del infierno. Abundarian las tocas, ya luengas, ya breves, con nombre de *implas* romanas las unas, de *cambrays* de seda ó lino las otras. Las mismas tocas se distinguían por su tejido y alavío en *encrespadas*, *espu-millas* y *lenzarejas*, con lo que el capricho y la inmodestia de mugeres sin seso travesaban, dándoles vueltas ó formando *tambas*, y ¡oh vergüenza! (como exclamaba Fr. Hernando de Talavera, de quien son estas noticias) adornándose con una especie de bonetes. Pasemos por alto los *firmalles* y joyeles de las frentes, los cercillos y arracadas, los collares, sartales y almanacas, las alcandoras labradas y los corpetes de oro y sedería. ¿Quién pudiera explicar el laberinto de faldetas y aquella diversidad de bristles de fustan, de paño, de seda y aun de brocado? ¿Cómo retener las cortapisas y alhorcas, ya chamorras, ya francesas? ¿A quién no abrumaría el profuso vestuario de tantas aljubas, cotas y blandranes, marlotas y tabardos, redondeles y pordemases, gornelas y mantos lombardos ó sevillanos, cintados ó caídos? Pues de los zuecos ó chapines, castellanos y valencianos, no hemos de decir: que da lástima tanta locura y empeño por andar en zances, acrecentando los tacones de corcho embadurnados de pintura, y luciendo como al descuido los mas vivos colores.

No llegarían á estos extremos las damas principales que salieron en procesion desde el palacio del condestable; pero las exageraciones de la moda fue-

ron creciendo por aquellos dias, hasta que en 1477 los reyes Católicos prohibieron las *caderas* y *verdugos*, prohibicion que llevaron á mal las damas castellanas. No tardó en reprenderlas y censurarlas fray Hernando de Talavera, despues arzobispo de Granada, en su *Tratado de vestir, del calzar y del comer*, de cuyo escrito sacó nuestro Ximenez Paton el que publicó en Baeza corriendo el año 1638 con el título de *Reforma de trajes, doctrina de fray Hernando de Talavera*. Al celo y santa intencion del prior de Santa María del Prado, á quien tan ancho campo se habia de presentar en el arzobispado de Granada, debemos esta rica nomenclatura por la cual venimos en conocimiento de los usos y costumbres del siglo xv.

Dé usted por supuesto cómo estaría la catedral, donde la niña fué bautizada por el dean Alvarez de Santa Cruz. Entretanto junto á la cruz del castillo nuevo habia muchos caballeros con dos ó tres mil hombres y muchos perros, corriendo dos osos por aquellas peñas abajo, y vinieron á la ciudad cuando los otros salían de la iglesia, y todos se juntaron, y las bocinas de los monteros competían con los atabales de los músicos; y encima de esta gran peana se erguía la gran figura del condestable D. Miguel Lucas, regalando confites, conservas y vinos al pueblo alborozado, otorgando mercedes como un príncipe, perdonando magnánimo algunos yerros, apretando manos y dando palmadas, muy á tiempo para desarmar émulos ó envidiosos y que no le estorbaran sus planes.

El dia en que venían los Arandas de Alcalá la Real á informarle de las cosas de la guerra, ó cuando el rey de Marruecos le enviaba una embajada, ó si D. Enrique le escribía con tan particular afecto, ó si triunfaba de sus émulos en alguna salida, como triunfó junto á Sabiote en una cuasi batalla descrita á la manera oriental por su criado el cirujano real Diego de Gamez, aquel dia no sabia que hacer de su persona. No se ha conocido un valido mas afortunado, ni mas ambicioso, ni mas opulento, ni mas valiente, ni mas dispuesto á hacer sacrificios por sujetar la rueda de la fortuna, que desde que el mundo es mundo no cesa de dar vueltas.

Pero aquella plétora de favor agolpaba su sangre á la cabeza, y no le dejó ver lo que todo el mundo veía, es á saber, los peligros de su privanza y poderío, que por varias razones desazonaban á los principales y aun á la gente menuda, por mas que Iranzu los distrajesen en continuos jolgorios. Cometi-ó la torpeza de chocar con el obispo á mano armada: á los disturbios con algunos nobles se

añadieron las guerras de sucesion, y no se daba mano á parar tantos golpes. En vano el rey confinó al obispo á Bejijar, para que solo el condestable mandara en Jaen: de aquí se originaron, como era natural, serios motines en que peligró la vida de Iranzu. Tenia valor, y era arrojado: ¿qué tal sería cuando no pudo con él el obispo Acuña? Pero un señoron como el condestable debia tener muchos enemigos en el foro interno, y se manifestó cuando se levantó aquel tablado en Ávila donde fué degradado en estátuae Enrique iv de sus insignias rales. Los pueblos se pronunciaron, unos por D. Enrique, otros por D. Alonso; y tan funesta division para España lo fué tambien para el magnífico Sr. D. Miguel Lucas, que ya no podia barajar tan complicados negocios. Fuerza es reconocer que se portó en ocasion tan crítica como leal y cumplido caballero: se declaró por D. Enrique, y con él estuvo *la muy noble y leal ciudad de Jaen*, que entonces ganó este título: pero ¿cómo habria de salir bien librado, si los mismos que estaban por el rey no querian de modo alguno al condestable?

Con todo, aunque presuntuoso y malquisto entre los caballeros de Jaen y en el pueblo, porque ni él á veces los sabia tratar, ni ellos verian con buenos ojos al ínfimo lugareño de Belmonte hacer alardes de tanta pujanza, es] de suponer que hubiera acabado sus dias pacíficamente, no obstando para ello las intrincadas dificultades de que esperaba salir con denuedo y con maña, favorecido por su buena estrella. Mas se levantó en Córdoba en 1473 un recio huracan contra los conversos, de gente que los queria robar ó matar. D. Alonso de Aguilar topó con el cabecilla, que era un herrero, y de un lanzazo lo envió al otro mundo. Pareció al pueblo bajo de Jaen, que puesto que en Córdoba se habia pronunciado la gente menuda contra los conversos, seria menester hacer allí lo mismo y alentar á otros pueblos con tan buen ejemplo. El dia de san Benito de aquel mismo año se arrojó la plebe de Jaen contra los conversos, y le tocó al condestable ser víctima de un alzamiento popular. Como animoso que era, pretendió sosegarlo con muy poca gente. Fuese á la catedral diciendo (que lo oyeron muchos) «hoy morirán los malos.» Hincóse de rodillas en las gradas del altar mayor, y estando allí llegaron dos ballesteros y le mataron á golpes en la cabeza, uno con la empulgadera y otro con el mocho de su ballesta.

Tal ha solido ser, como nos refieren las historias, el fin de los privados. Y lo mismo sucedia antes con los que tenian privanza cerca de los reyes, que

sucede en la actualidad con los que llegan á llamarse los hijos mimados del pueblo: el pueblo hace trizas á sus ídolos, y los sacrifica mas pronto. Directamente no fué sacrificado D. Miguel Lucas á causa de su privanza con el rey, como lo fué por ejemplo D. Alvaro de Luna; pero indirectamente no dejó de venirle de aquellos favores tan colmados una muerte tan trágica.

Ahí tiene usted, amigo, mio las noticias mas seguras y el juicio que á mi parecer debe hacerse de las cualidades del condestable. Rebajo el alto concepto á que quiere obligarnos el cronista Diego de Gamez, parcialísimo por su señor; así como no tomo en cuenta el desfavorable juicio de los cronistas Alonso de Palencia y mosen Diego de Valera, que lo pintan como un personaje aborrecible, solo porque ellos eran partidarios del príncipe [D. Alonso y detestaban á las hechuras del rey. Guardóle Iranzu fidelidad, como D. Alonso Monroy, como los Toledos y la Cerdas, como los Mendozas y Velascos. No fué del número de los *caballeros traydores*, así calificados por el cronista Enriquez del Castillo; por lo cual alabanza merece, y no hay que atender á la bajeza de su linaje, pues de menos nos hizo Dios.

«Oh tú, noble cibdad de Jaen, ¿por qué no das voces?..... ¿por qué no pregonas las virtudes daqueste señor?» Así clamaba Diego de Gamez, testigo de tanta grandeza; pero clamaba en desierto.

Años pasados, cuando estuvo en Jaen el señor Carderera ilustre arqueólogo, dibujó y describió el palacio del condestable. El señor Gayangos, que ha ilustrado la *Crónica* de Gamez con varios apéndices, tomó la descripcion de este notable monumento del siglo xv.

MANUEL MUÑOZ GARNICA.

FRAGMENTOS DEL CONCILIO DE NICEA.

M. Révillout, ilustrado jóven muy versado en lenguas orientales, y especialmente en la lengua copta, acaba de comunicar á la Academia de inscripciones y de bellas letras el precioso descubrimiento que ha hecho en el museo de Turin, de importantes fragmentos del célebre concilio de Nicea. Si se tiene en cuenta, dice *Le Moniteur*, que este concilio celebrado en 325, fué el primer concilio ecuménico que en él se condenó el arrianismo, y en fin que no habia llegado á nosotros ningun texto de sus actas, se comprenderá la importancia del hallazgo de M. Révillout.

Nada mas noble ni mas elevado que el lenguaje de los padres de la Iglesia que tomaron parte en este concilio. Creemos complacer á nuestros lectores dándoles algunos extractos de la traduccion de M. Révillout:

«Preservad vuestros ojos de miradas inútiles, vuestra lengua de la maledicencia, vuestros oídos de vanas conversaciones, vuestra boca de juramentos repugnantes y terribles. Que cada cual coloque en su corazón la misericordia para con el prójimo, que se esfuerce en guardar los mandamientos, que encuentre medio de ir á la casa de Dios para rogar, porque si no vamos á la casa de Dios, llevando en nosotros como llevamos, tantas ilusiones del demonio, ¿cómo podremos resistirlas? ¿cómo podremos guardar los mandamientos?»

Para cumplir los mandamientos, que son el fundamento de la Iglesia, tu dirás: Yo ayuno. No basta. El cuerpo está lleno de lubricidad, el corazón de impureza....., la lengua de maledicencia, las manos manchadas en sangre: los pies corren hácia el mal, la boca se emplea en la injusticia y los oídos en escuchar cosas vergonzosas. Tú amas los comediantes y corres á los pies de falsos sacerdotes. Tú vas hasta á la casa misma de los hechiceros. Tú te haces amigo de los blasfemos, te mezclas con los hombres de festines. Tu mano se une á las de los opresores codiciosos. La nave entera está sobrecargada de iniquidad, y dices: ¡Yo ayuno! Yo rezo!

A causa de estos males, el profeta esclama «habeis convertido la casa de oración en caverna de ladrones» y también: «Si estendeis vuestras manos hácia mí, yo os volveré el rostro, porque vuestras manos están llenas de sangre.» Está asimismo escrito: «Mi alma aborrece vuestros ayunos y vuestras abstinencias.» Y Jeremías, profeta, ha dicho: «¿Es esta mi herencia...?» Y otro profeta: «Yo he enviado fuego sobre vuestra ciudad, y he quemado vuestra abominación en medio de las plazas, y no habeis vuelto á mí, dice el Señor. Yo he inmolado vuestros niños y vuestros jóvenes con muerte inopinada, y no habeis vuelto á mí, dice el Señor. Yo he enviado una enfermedad sobre todos los frutos de la tierra, y despues de esto no habeis vuelto á mí, dice el Señor. Yo os he sacrificado como Sodoma y Gomorra, y á pesar de esto no habeis vuelto á mí, dice el Señor.»

¿Todas estas cosas no pasan por nosotros?

Busca la bendición, y que la bendición esté en tu boca.

No injuries á nadie. Si no quieres que un hombre te insulte, no le insultes á él.

Venera á los ancianos y cédeles tu plaza para que se sienten. Sé modesto delante de todos y nadie te atormentará.

No causes incomodidad, y no pidas dos veces á un rico.

Si tienes pan, pártelo con el prójimo; visita los enfermos y también los prisioneros.

Por mas que seas rico, haz esta obra sagrada por tu propio pié. Imita á Abraham, el cual poseía grandes bienes, y por su espíritu de hospitalidad se hizo digno de partir con Dios su comida.

Antes que todo procura estar poseído de la caridad; encontrarás así caridad en los otros.

El que mira á una mujer, la Iglesia aumenta su propia condenación; y cuando una mujer se engalana para ir á la casa de Dios, son insensatos su padre ó su marido, y aquella perderá su alma.

Es idólatra la mujer que se cubre de oro para ir á la iglesia, mucho mas si lo hace por ostentación.

El oro no es mas apreciado por el hombre prudente, que el negro de los ojos. La mujer que lleva pedrería sobre su cabeza descubre su falta de seso, y aquella cuya cabellera está desatada llama á sí á los insensatos.

La mujer es estimada de Dios y de los hombres por su prudencia y por el buen cuidado de su casa; pues á la belleza vana hay siempre una acechanza que la persigue.

Adórnate para tu marido por medio de las obras de tus manos y por la discreción de tu boca. Las santas llaman á sus maridos «Mi señor.»

¡No tengas afición, oh mujer, á los adornos! Acuérdate de las beldades que están encerradas en el sepulcro. En el lecho del dolor se pierde la belleza.

Adorna tu alma con el amor de Dios y entrega tu corazón á su santa palabra. Escúchale. Un hombre prudente no se unirá jamás á una mujer vana. El que no obedece á su padre es un insensato.

Hijo mio: huye de la mujer que ama las vanidades, porque aquella que se cubre de atractivos ama el adulterio.

Reconocerás la mujer que aborrece el pecado en la pureza de su rostro, porque la que pinta con negro sus ojos demuestra su ligereza. El aseo de cuerpo no requiere tales cosas. No es mas que una vanidad el emplearlas.

¿Para qué sirve el negro en los ojos? Una bella imagen se destruye con el humo de las lámparas.

Quien se engalana con artificios para ir á la iglesia ofende á su Criador. Cúbrete el rostro en la iglesia y en las plazas públicas, y no escandalices las almas.»

CRÓNICA.

Con motivo del aniversario del llamado plebiscito romano, la juventud católica de la ciudad eterna ha dado una nueva prueba de su filial afecto al sumo pontífice, y de la aversión con que mira el nuevo orden de cosas establecido en Roma por los cañones de Cadorna y Bixio. El Sr. Tolli, joven romano, dió lectura á un enérgico al par que brillante discurso, al cual el padre santo se dignó contestar en los términos siguientes:

«Consolado por las palabras que en vuestro nombre y en el de toda la juventud romana, al menos de la que en tan gran número participa de vuestros sentimientos acabais de dirigirme, doy gracias á Dios de que venga tan á menudo en mi ayuda por medio de la espresión de vuestros sentimientos de lealtad, sentimientos que infunden nuevos bríos, no tan solo á vosotros que los ois espresar, sino á mí también que debo ser el primero en el combate.

Pues bien, hoy es el aniversario de un acto que ya habeis calificado; pero rindiendo culto á la verdad, confieso que ha sido menos ruidoso, y en su consecuencia menos doloroso para mí á causa de no haberse efectuado ciertos actos que tuvieron lugar el 20 de setiembre. El silencio de las máquinas de guerra nos permite pasar el día de una manera menos aflictiva.

Sin embargo, he leído cierto escrito en donde un hombre que no cito, invita á sus colegas, incluso á todos los romanos, á celebrar la regeneración de esta ciudad. Por mas que he hecho no he podido comprender en qué ha sido regenerado el pueblo de Roma.

¿Por ventura han librado al pueblo de esos inmensos impuestos que se pagaban antes del 20 de setiembre? Creo que no. ¿Se ha espurgado de él la inmoralidad monstruosa que reinaba en Roma antes del 20 de setiembre? Lo dudo aún mas. ¿Se le ha concedido la libertad que hasta entonces se le habia negado completamente? ¿No se ha visto cabalmente, despues del 20 de setiembre, cesar la libertad mas estimada por el corazón de los hombres honrados, la de hacer bien? Los insultos y los ultrajes de que se colma diaria-

mente al clero, llegando al extremo de golpear á sus miembros, ¿no es una violacion de la libertad? ¿Pues en qué consiste esta regeneracion?

He oido decir que se trata actualmente de un cambio de ministerio. Yo no entro en la politica ni quiero hablar de esas cosas, porque si no, esos señores dicen que mis discursos son políticos. Os repetiré solamente lo que he oido: es posible el cambio de ministerio, y de este modo se adelantará para la realizacion de ciertas ideas que cada día toman mas consistencia.

Diré, respecto á esto, que no satisfechos de querer comerse la *alcachofa*, *hoja por hoja* desean hoy comérsela de un solo bocado.

Pero así como Jesucristo dijo á los primeros, *hipócritas tristes*, del mismo modo podría decirse á los segundos, secuaces de la secta de los nuevos Caifás, los cuales recuerdan la palabra de ese Sanedrín impío: *Expediit ut unus moriatur pro populo*; diciendo á sí propios: *Expediit ut multi moriantur pro populo*; pero *pro populo barbaro, pro populo indigno, pro populo peccatore*.

Veó sin embargo que á Dios gracias los pueblos abren los ojos sobre su situacion, veo que el pueblo católico esparcido sobre el universo opone una reaccion santa y humilde al espíritu de impiedad que amenaza inundar la tierra.

Veó aquí las peregrinaciones á los santuarios, allá las iglesias cuyas bóvedas responden á las oraciones de los buenos; y esto nos da valor y nos hace esperar que Dios querrá acordarse de la hora de su misericordia antes de lo que nosotros creemos.

Demos pues gracias al Señor por este buen espíritu que subsiste entre los católicos y de que vosotros, los aquí presentes, dáis en este momento un elocuente ejemplo.

Así pues valor, sigamos los senderos de este desierto; nosotros tenemos la esperanza y la caridad que nos guían; tenemos la nube que nos señala durante el día el camino que debemos seguir; y la nube es el recuerdo de las antiguas instituciones que han regido en esta santa ciudad. Esperemos que al igual de los hebreos que llegaron sanos y salvos al término, podamos despues de haber atravesado milagrosamente estos tiempos de persecucion cantar como Moisés: *Cantemus Domino gloriose enim magnificatus est: equum et ascensorem profecit in mare*.

¡Oh! si, plegue á Dios que este día anhelado de todos los buenos llegue pronto, de suerte que la juventud pueda de nuevo ser alimentada con sanas y santas doctrinas, sin ser el blanco de la persecucion, como sucede á tantos pobres religiosos que como á tímidas ovejas se ha arrancado de sus rediles, para insultarles, traerles de acá para allá y negarles sus diplomas al fin de exámen, para impedirles instruir la juventud que les está confiada.

Acércase pues el fin de tantos males: acelerémosle por nuestra parte por el espíritu de resignacion y de paciencia, por el espíritu de humildad, de oracion y de concordia, á fin de que Dios, estendiendo por fin su mano sobre nosotros, nos dé esta bendicion que será una prenda de consuelo y la recompensa de nuestra fé, á fin de que se gocen de nuevo, si no los bienes, porque sobre la tierra es preciso sufrir siempre, al menos la paz y tranquilidad que hemos perdido.

Bendigaos Dios, mis queridos hijos, bendigaos en vuestros cuerpos y en vuestras almas, bendiga vuestras familias y á vosotros en el tiempo y en la eternidad, á fin de que podamos encontrarnos juntos en el cielo para cantar delante de él en los siglos eternos las bendiciones que debemos á su misericordia.»

Días pasados recibió su santidad á los miembros de la aristocracia romana, á cuyo mensaje, leído por el duque Pio Grazioli, respondió:

«Os agradezco de todo corazón los sentimientos que acabais de expresarme. Vuestras palabras prueban que si el plebiscito ha sido un engaño en el momento en que se verificó, con mayor razon se puede decir que lo es hoy. Los corazones honrados, y no solo los buenos y piadosos cristianos, sino tambien los que conservan la libertad de pensar rectamente, deploran cuanto ha sucedido y suplican al Dios

de toda bondad para que termine esta situacion y que se entre en el camino de la virtud, de la justicia y del orden.

Nuestras súplicas, unidas á las vuestras y á las de todo el mundo católico, tocarán el corazón de Dios, segun esperamos, y Dios se acordará de nosotros. El nos alentará en el combate y nos dará el consuelo de ver bien pronto vuestras todas las cosas á su estado normal.

Sí, vendrá este cambio, este triunfo; no será en vida mia, en vida de este pobre vicario de Jesucristo; pero sé que debe venir. Se hará la resurreccion y veremos el fin de tantas impiedades.

Abriguemos esta esperanza fundada, cierta, y veremos que Dios se acordará de nosotros y nos bendecirá.

Os doy mi bendicion para que ella os consuele, os aliente y os acompañe durante vuestra vida en el tiempo y en la eternidad.

Que esta bendicion fortalezca á vuestras familias, purifique los miembros que de ello tengan necesidad, que haga á los padres velar sobre la educacion de sus hijos, y volver al buen camino á aquellos que se hayan descarriado. Que conserve, en una palabra, en las familias la paz, la concordia, la piedad y la fé; esta fé, don de Dios, que se trata de arrancar de vuestro corazón por la impiedad de los maestros, la obscenidad de las costumbres y la perfidia de los libros. Esta fé es un tesoro que os recomiendo guardéis fielmente en vuestros corazones.

Os confío al corazón de Jesucristo, y os bendigo de nuevo con toda la efusion y el amor de un padre que ama á sus hijos y que desea su felicidad temporal, y mejor aun su dicha eterna.

Sostenga Dios mi mano, mientras que os doy mi bendicion, objeto de vuestros deseos.»

El día 6 del corriente se ha inaugurado en Colonia la Asociacion de católicos alemanes, sucursal de la de Maguncia. La concurrencia se calcula en unas 6000 personas. Los oradores han sido los Sres. Bandú, baron Federico de Loe, canónigo Thissen de Limburgo, doctor Fischer de Heidelberg, baron Wamboldt, canónigo Hafner de Maguncia, conde Arco Zumeberg de Munich, y los Sres. Raké de Maguncia y Lindan de Heidelberg.

Seis han sido los acuerdos tomados en esta reunion.

Por el primero, los católicos se limitan á rechazar la calumniosa acusacion de que son indiferentes á los intereses de la patria y enemigos del imperio. Declaran que como ciudadanos reclaman sus derechos, no abandonando jamás su libertad personal ni la autonomia de su Iglesia al arbitrio de los hombres de estado, ni al azar de las mayorías parlamentarias.

En el segundo acuerdan defender la libertad de la iglesia alemana, independiente desde hace mil años y protegida por sus monarcas.

En el tercer acuerdo defienden el derecho de las familias de educar á sus hijos en la religion cristiana, combatiendo enérgicamente el monopolio que el estado pretende ejercer, haciendo obligatoria su enseñanza en contra de las disposiciones constitucionales.

En el cuarto, protestan contra la ley conocida con el nombre de «Ley de los Jesuitas», como atentatoria á la libertad y dignidad de la Iglesia y á la libertad de conciencia de los católicos, ley que usurpa los derechos civiles de irreprochables ciudadanos.

En el quinto, se niega que el estado sea competente para impedir que los obispos ejerzan una jurisdiccion que les ha sido concedida por Dios, como acontece en el conflicto del obispo de Ermeland.

Y en el sexto manifiestan que la situacion en que se encuentra el padre santo causa profundo dolor á los católicos alemanes, quienes no pueden cesar de protestar contra los crímenes que se han cometido en daño del jefe de la Iglesia católica, á vista y paciencia de los gobiernos europeos, por manifestar que la proteccion del papa es una de las obligaciones de los gobiernos para con sus súbditos católicos y para consigo mismos.